

# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 35.—SÁBADO 30 DE AGOSTO DE 1854.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## INAUGURACION DEL CANAL DE ISABEL II.

Cualquiera que sea el juicio político que la historia contemporánea forme del Ministerio que preside el Excmo. señor don Juan Bravo Murillo, y sean cualesquiera los recuerdos que el país conserve de su administración, hay un hecho cuya gloria le pertenece, y este es el de haberse inaugurado en su tiempo y por su mediación directa el famoso canal de Isabel II que ha de convertir á la corte, según la feliz expresión de todo el mundo, en un delicioso jardín, en un verdadero paraíso. Nuestras columnas, pues, ajenas de todo punto á la política, deben consignarlo así, cumpliendo en ello con un deber de imparcialidad y justicia.

El 11 del mes corriente á las tres y media de la tarde S. M. el Rey en representación de nuestra querida Reina, salió de su Real Palacio con dirección al Pontón de la Oliva, acompañado de varios señores Ministros y altos personajes de su Real servidumbre. Pocos días antes el camino de Madrid á Torrelaguna, que dista de la corte nueve leguas, se hallaba en tan mal estado que no podía pasarse sin peligro en carruaje por muchos parajes; y el de Torrelaguna al Pontón de la Oliva, que se halla á dos leguas cortas de distancia de esta última villa, no era transitable en coche sino un reducido espacio, y esto con bastante incomodidad. Pues bien: merced á la actividad de los Directores é Ingenieros de la obra del Canal de Isabel II, S. M. el Rey pudo correr las once leguas en menos de cinco horas, y solo tuvo que apearse medio cuarto de hora antes de llegar al Pontón de la Oliva.

Allí, donde pocos días antes no se veía mas que rocas escarpadas en un terreno árido, donde había reinado un profundo silencio, á no escucharse el ruido de la corriente del río, se veía este día un lugar de placer, porque por una parte la munificencia de S. M. el Rey había dispuesto que á sus espensas se pudiesen cómodas y vistosas tiendas de campaña, y por otra un gentío inmenso quitaba de todo punto á aquel sitio el triste y severo aspecto que antes presentaba. En una de las tiendas de campaña, llena de adornos de buen gusto, de ramaje y flores naturales, se había dispuesto de orden de S. M. el Rey, y á sus espensas, una magnífica mesa de mas de 30 cubiertos. Al bello espectáculo que presentaban todas estas cosas reunidas, se agregaba el vistoso contraste de las tropas formadas al lado de un cuerpo de trabajadores, haciendo evoluciones con los instrumentos de su labor, al mismo tiempo que aquellas las hacían con sus fusiles.

Al llegar S. M., una música militar tocó la marcha real, y se oyeron al mismo tiempo disparos de barrenos para arrancar piedra, que imitaban perfectamente el ruido de los cañonazos.

Se procedió en seguida al acto solemne de la colocación de la primera piedra de donde han de derivarse las aguas del canal de Isabel II. El Excmo. señor presidente del consejo de ministros presentó á S. M. una caja de zinc, donde S. M. se dignó colocar un ejemplar perfectamente encuadrado en tafete, de la Constitución del Estado, y varias monedas de oro, plata y cobre acuñadas en el presente año, y el acta original de esta ceremonia, que es como sigue:

«En el Pontón de la Oliva, distrito municipal de Uceda, partido judicial de Tamajón, provincia de Guadalajara, en nombre de S. M. la Reina de España Doña Isabel II; S. M. el Rey, su augusto Esposo, colocó la primera piedra de la presa de donde ha de derivarse el Canal que debe abastecer de aguas potables y de riego á Madrid y sus cercanías. Fueron presentes á este acto, entre otras muchas personas, los Excmos. señores don Juan Bravo Murillo, Presidente del Consejo de Ministros; don Manuel Bertran de Lis, Ministro de la Gobernación del Reino; don Fermín Arteta, Ministro de Comercio, Instrucción y Obras públicas; don Antonio Doral, Ministro de Marina; Marques de Acuña, Mayor-domo mayor de S. M. el Rey; Duque de la Conquista, Caballero mayor de S. M. el Rey; don Ramon Patiño, Caballero primero de S. M. el Rey; Conde de Sástago, Presidente del Consejo de Administración del Canal de Isabel II, y los Vocales del mismo Consejo don Luis Piernas, don José María Necedal y don Francisco Martín Serrano; habiendo encargado el Excmo. señor Marques de Miraflores, Ministro de Estado, al de la Gobernación consignase su nombre para tener participación en tan patriótico acto, ya que ocupaciones precisas le habían impedido asistir á él. Pontón de

la Oliva á once de Agosto de mil ochocientos cincuenta y uno.—Siguen las firmas, á cuya cabeza se encuentra la de S. M. el Rey, y está certificada el acta por el Secretario de S. M. con ejercicio de decretos don Cristóbal Bordiu.»

Terminada aquella operación, y cerrada la caja de zinc, fué colocada en el hueco hecho á propósito en una piedra que había de servir de base, y S. M. la cubrió con otra que aseguró con mezcla de mortero que le fué servida por el señor presidente del consejo de ministros, quien inmediatamente despues pronunció en alta voz un pequeño discurso.

A continuación mandó S. M. servir el almuerzo que fué de mas de 30 cubiertos, y todo, como era de esperar de la augusta persona que dispensaba este obsequio. Y es de notar, que al sentarse á la mesa previno S. M. se colocasen en ella botellas de agua del río Lozoya, cuya agua encontró S. M. y toda la comitiva de esquisito gusto.

Concluido el almuerzo, montó S. M. á caballo, acompañado de toda su comitiva, y siguió el camino al paso, rodeado del inmenso concurso que asistió á la ceremonia, el cual le acompañó hasta Torrelaguna, donde tomó S. M. el coche para regresar á Madrid, escuchando al hacerlo vivas y aclamaciones de todos los circunstantes.

S. M. mandó tambien entregar varias sumas á los alcaldes de los pueblos inmediatos para que las distribuyeran entre los pobres.

Por lo demas el país no puede haber acogido con mayor júbilo la idea verdaderamente fecunda y grande de este inmenso canal cuyos trabajos han dado ya principio, y para el cual se cuenta á estas horas con 36 millones de reales á que asciende la suscripción.

Séanos licito en medio de la postración general y del desaliento que á todos domina, en parte producidos por el pesimismo con que las cosas de España suelen juzgarse

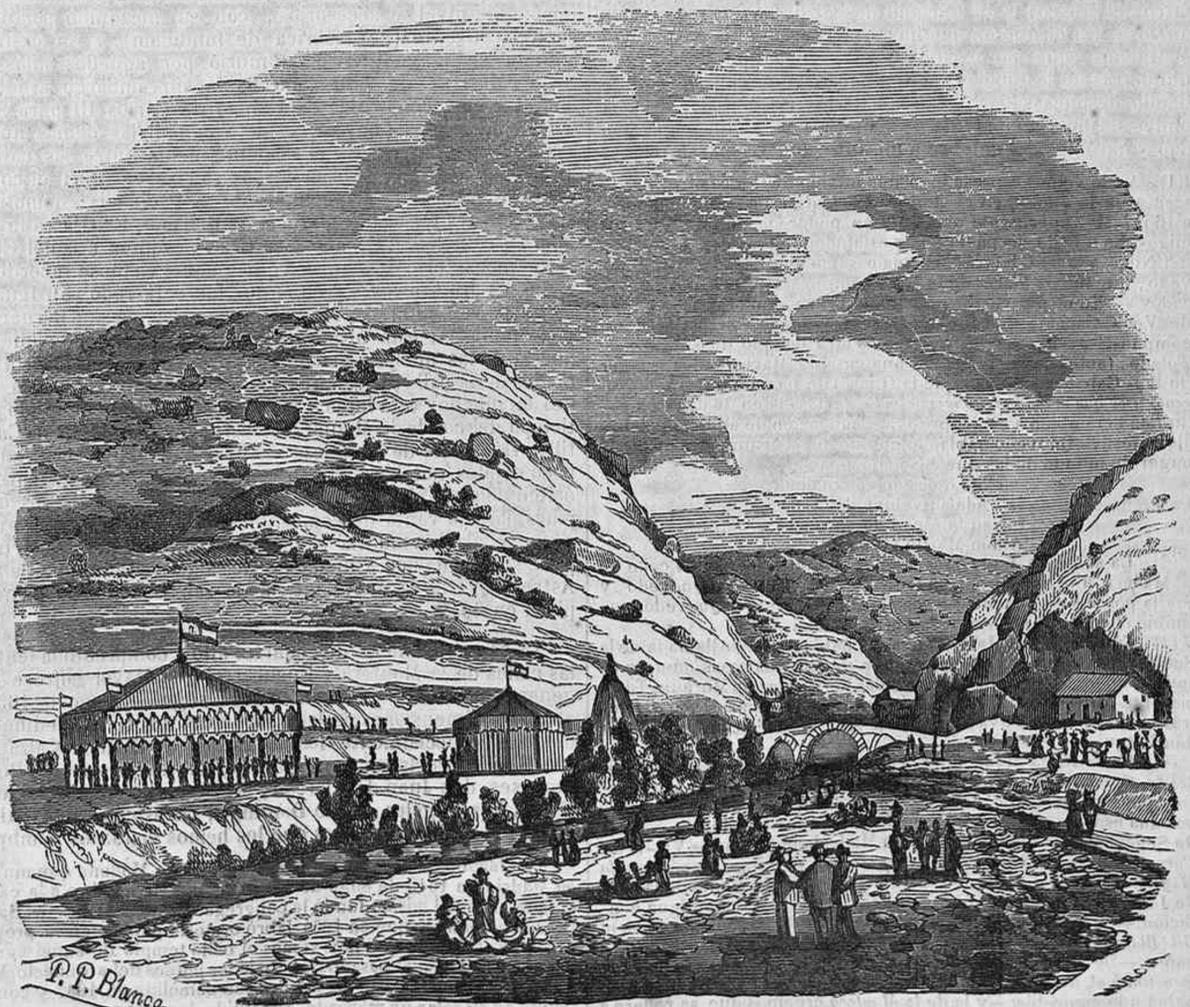
por sus propios hijos, levantar la frente con orgullo y satisfacción, hoy que vemos colocada la primera piedra de un monumento que honrará al pueblo más culto, y que á falta de otros, sería bastante á eternizar al augusto nombre de la Reina Isabel.

## LA VILLA Y CORTE DE MADRID

Á MEDIADOS DEL SIGLO XVII.

(Véase el número 55 del sábado 16 de agosto.)

El trazado general de las calles era tambien el mismo que aun conservan, salvas algunas escepciones de cerramientos posteriores que indicaremos en sus sitios respectivos; el número de casas tambien podia ser el mismo poco mas ó menos; pues si bien es verdad que la abundancia de jardines pertenecientes á ellas en todas las calles de la población, y la multitud de grandes monasterios y sus huertas ocupaban una parte muy principal del perímetro, tambien lo es que los edificios posteriormente construidos para habitaciones particulares son en general mayores, como que en cada uno de ellos se ha ocupado muchas veces el solar de tres ó cuatro de las antiguas casas.—Estas generalmente eran muy reducidas y mezquinas, construidas de tierra y cantería tosca y sin labrar, aunque bastante sólidas, pues han resistido en su mayor parte el transcurso de mas de dos siglos: eran casi todas bajas, ó construidas de malicia, cuya expresión, que ha llegado hasta nuestros días para designar las casas que solo tienen piso bajo, se referia á la carga de Aposento de la



Pontón de la Oliva.

P. P. Blanco.

MARCO

Real Comitiva, que pesaba sobre los pisos principales (1) hasta que por Real Cédula de Felipe III y á virtud del servicio de la sesta parte de los alquileres de las casas durante diez años ofrecido por la villa cuando la nueva traslación de la corte á Madrid en 1606, se conmutó en 250,000 ducados que dió margen á esta contribucion que se ha redimido en nuestros dias.—Tan ruinoso gravámen, la prohibicion de alzar las casas dando vistas á las huertas de los Monasterios y otras semejantes trabas que parecian impuestas de intento para impedir las construcciones elegantes y espaciosas, la escasez de riqueza propia que siempre ha tenido Madrid, y el ningun gusto en lo general de los arquitectos de la época para comprender y satisfacer las necesidades del vecindario, todas estas causas reunidas dieron lugar á que el numeroso caserío construido en los siglos XVI y XVII se resintiera generalmente de una mezquindad y mal gusto absolutos. Todavía podemos observar datos prácticos de ello por los muchos edificios particulares que aun se conservan de aquella época, bastando señalar aquí mas especialmente casi todos los que forman las calles bajas de las Huertas, Santa María, Francos, Cantarranas, Niño (hoy de *Cervantes, Lope y Quevedo*) y en los barrios altos, las del Barco, Ballesta, Corredera de San Pablo, Madera alta (2) del Pez, de la Puebla, y otras varias.—Estas calles, las de Valverde, Desengaño, Horno de la Mata y aun parte de las de Jacometrezo y del Olivo, fueron formadas segun nuestras noticias á mediados del siglo XVI á consecuencia de la venta hecha por don Juan de Victoria Bracamonte en 7 de noviembre de 1542 de una tierra que tenia en el arrabal de Madrid frontero al camino de Fuencarral (ya queda dicho que por entonces la cerca de Madrid terminaba en el *Postigo de San Martin* desde donde corría derecha á la *Puerta del Sol*) cediéndola á censo por diez ducados de oro perpétuos al año, y reservándose un pedazo para labrar casa para él, como lo hizo, dando su nombre á la calle de la *Pueblo de Juan de Victoria* (3). Posteriormente un hijo suyo del mismo nombre, en 18 de agosto de 1537, concedió su licencia para dividir dicha tierra en noventa y cinco solares «con el censo anual cada uno de dos reales y una gallina, y con la condicion de que habian de edificarse en ellos casas bajo la traza que diese el alarife Francisco Lozano.»—Así se hizo, y son las que forman las calles referidas.—Entre otros sugetos que costearon su construcción vemos que fué uno el escribano Diego de Henao, que hizo edificar la tercera, cuarta y quinta casa de la Corredera de San Pablo con accesorios á una callejuela, á que, sin duda por esta razon, se dió su apellido, y hoy por corrupción se denomina *calle del Nao*.

Volviendo á nuestra descripcion del Plano de 1656, y tomanlo en consideracion por ahora el cuartel alto, vamos á ver qué variaciones se deducen de su estudio entre la *Puerta del Sol* y calle de Alcalá, y la de la Montera y Fuencarral; que es el primer cuarto de círculo de los que mentalmente para este objeto consideramos dividido á Madrid.

La plaza conocida como hoy por *Puerta del Sol* (á causa de una imagen del sol que estuvo pintada sobre la antigua puerta que se demolió en tiempo de Carlos V para construir el Hospital del Buen Suceso) tenia ya en el siglo XVII la misma estension y daba entrada á las propias calles que hoy, conocidas tambien con iguales nombres (4). Delante del Buen Suceso habia una especie de lonja ó enverjado y á uno y otro lado se colocaban cajones y tinglados para venta de comestibles. No existia la fuente que hemos visto demoler en nuestros dias, ni la Casa de Correos, obras del siglo pasado; un caserío bajo y mezquino ocupaba en la calle de Alcalá el sitio que hoy los suntuosos edificios de la Aduana, Historia natural, Calatravas, palacio de Buena-vista, Casa Irujo etc., que forman su magnífico adorno. Solo se conservan de aquel tiempo el convento de las Ballecas (después teatro del Museo) y el Carmen descalzo, hoy parroquia de San José. En el sitio en que hoy está la casa de la Inspeccion de Milicias (que no existia, y si solo la que forma ángulo detrás de la Cibeles) desembocaba una calle que oblicuando después salia al camino de los Recoletos: y hácia donde está hoy el convento de San Pascual se alzaba el palacio y jardines del célebre almirante don Gaspar Enriquez

(1) Así lo vemos espresado terminantemente, entre otros varios escritos de la época, en el *Registro original de aposento*, concluido en 1631, MS. interesante que obra en poder de uno de nuestros amigos. En una de sus páginas hay esta nota.—«Travesía de la calle del Niño, á la de Cantarranas, una casa de don Francisco de Quevedo, que fué de María de la Paz, compuesta, tasada en 30 ducados.»—En otra parte dice «Calle de Francos, una casa de Lope de Vega Carpio, que fué del capitán Villegas, en 36 ducados, compuesta.»—Finalmente citaremos otra en que dice «Calle de Toledo, (antes de la Mancovia) una casa de Mari Mendez, muger de Blas Caballero, soldado de la Guardia española, que era de aposento y el que mandó se hiciese de malicia, tasada en 36 ducados.»—Aludiendo tambien á esta espresiva significacion de aquella palabra dijo el festivo Quevedo hablando en uno de sus romances de cierta muger de mundo de las que él solia ocuparse.

«Por no estar á la malicia labrada su voluntad, fué su huésped de aposento Antón Martin el Galán.»

(2) La señalada hoy con el número 36 nuevo en dicha calle de la Madera alta, fué propiedad de don Francisco de Quevedo, y hoy la posee su descendiente don José Bustamante y Quevedo, que también heredó el señorío de la Torre de Juan Abad.

(3) Cerca de doña María de Aragón habia otra calle llamada de la Puebla Vieja (hoy del Fomento) y en una de sus casas número 30 antiguo 20 moderno, vivió don Nicolás Fernandez de Moratín. También fué conocida por la Puebla la que hoy se llama de *Peralta* detrás de la calle de Silva, por haber sido hecha dicha Puebla por don Joaquín de Peralta.

(4) La de Alcalá lo fué anteriormente con el de los Olivares y Caños de Alcalá;—la Carrera de San Gerónimo era el camino estramuros que conducia al convento;—la de *Carreras* como este nombre por una especie de barricada que formaron los comuneros venidos de Segovia y que se defendieron en Madrid contra Carlos V;—la del Correo se llamó de *San Felipe*;—y las *Gradas*, el primer término de la *Mayor*;—la de *Arenal* que se terraplénó con el desmonte de la calle de Jacometrezo) conservó siempre este nombre de su antigua condicion;—la de *del Cofre* ó de *Cofreiros* (*des Bahutiers*) se habla ya en el *Gil Blas* por vivir en ella el señor Mateo Melendez mercader de paños.—De la de *los Preciados* ignoramos la etimología;—la del *Carmen* tomó el nombre del convento construido sobre el sitio en que habia una mancovia;—y la de *la Montera* creemos que se refiere á una célebre hermosa que vivió en ella en el siglo XVI y era muger del monarca de la rey.

de Cabrera (de quien tomó nombre la calle contigua, que antes se llamó del Escorial) y que fueron cedidos por el mismo para la fundacion de aquel monasterio; seguian los del conde de Bornos y de Medina de las Torres, y otro en el sitio donde hoy la huerta de las Salesas. Al frente se veia el convento de iglesia de Recoletos, absolutamente en los mismos términos que la hemos visto antes de su derribo, en nuestros dias, el palacio y jardines de Monte alegre y otros; á este lado del camino corría descubierta el barranco que tambien vimos cubrir hace algunos años, y no habia arbolada ninguna formando paseo ó continuacion del Prado de San Gerónimo.

En el sitio donde hoy se eleva el magnífico palacio de Buenavista (construido en el pasado siglo por la duquesa de Alba) habia otro edificio bastante notable, dejando salida por su costado á la calle de las Salesas (entonces llamada de los Reyes), por donde es hoy el jardin del Valenciano, y comunicándose con la calle de Alcalá, cuyo corte y distribucion de aquel recinto es poco mas ó menos el mismo propuesto y adoptado en las alineaciones verificadas últimamente por los arquitectos de la villa para cuando llegue el caso de nuevas construcciones.—La calle del Barquillo terminaba donde naturalmente termina, esto es, en el ángulo delante del corralon almacén de la Villa, y el trozo que hoy con el mismo nombre sale á la de Hortaleza, era conocido entonces por *calle de las Flores*, continuando recto hasta salir á la plazuela (entonces descampado) donde hoy están las Salesas, y á Recoletos por la de san José (hoy de la Veterinaria) porque no existia el jardin que ahora interrumpe su transcurso y que tambien debe desaparecer para devolver á esta calle su antigua comunicacion.—Por supuesto que no existia tampoco el magnífico monasterio de las Salesas Reales, obra muy posterior de Fernando VI y su esposa doña Bárbara, y en su lugar habia algunas casas bajas y un gran huerto cercado.—Tampoco el convento de monjas de Santa Teresa, y en su sitio se miraba una casa palacio que puede ser el del Príncipe Astillano, fundador y patrono de aquel convento.—La calle del Barquillo por su izquierda presentaba una serie no interrumpida de huertas cerradas como la de Frias y otras que hoy estamos viendo ocuparse con magníficas casas.—La huerta del Carmen avanzaba por el espacio que hoy ocupa la plazuela del Circo, formando con sus tapias un calejon en escuadra hasta salir á la de las Infantas por el costado de la casa de las *Siete Chimeneas* que existia ya absolutamente en los mismos términos que hoy la vemos, y fué posteriormente célebre por el motin de 1766 contra el Ministro Squilace que la habitaba.—Dicha huerta del Carmen quedó mermada en este trozo, permitiendo la continuacion de la calle de las Infantas á la del Barquillo y la formacion de la plazuela, en tiempos del Príncipe de la Paz (de quien tomó el nombre del Almirante), que vivió algun tiempo en la casa inmediata al teatro del Circo propia de la condesa de Chinchon y lo mismo la frontera con la que se comunica al piso principal por un desdichado pasadizo que acaso es el único de su clase que queda en pie.—La calle de la Libertad (llamada entonces de los Carmelitas) corría recta hasta otra que cruzaba mas allá de la de santa María del Arco, y como no existian el Cuartel del Soldado, ni la Galera vieja, ni los conventos y huertas de Góngora y de san Fernando, toda esta barriada estaba mejor cortada que ahora, sin formar los recodos y bur-laderos que la desfigurán, los cuales tienen que volver á desaparecer segun la nueva alineacion proyectada.—Existian ya sin embargo cerrados los callejones de san Marcos (entonces de san Hermenegildo) del Soldado, y sin duda tambien las mismas casas que hoy los cierran.—Las calles de san Anton, Hortaleza y demas seguian la propia direccion que ahora. Especialmente el último confin de esta, ó sea la plazuela y subida de santa Bárbara, presentaba el mismo desnivel y accesorios, con su mezquino portillo, su feo convento (hoy fábrica de fundicion), y su casuca adjunta en la cual vivió y murió por aquellos años la Beata Mariana de Jesus: no habia sin embargo arbolado, ni la casa construida en tiempo de Carlos III para Saladero de cerdos (hoy cárcel de Villa) ni las demas nuevas de la izquierda.—En el sitio que media entre las calles de las Infantas y la de san Marcos se alzó en 1631 el convento de iglesia de Capuchinos de la Paciencia, demolido en 1836 para formar la plazuela de Bilbao.—Existia ya tambien en la calle del Caballero de Gracia esquina á la del Clavel el monasterio de monjas á quien aquel virtuoso sacerdote cedió sus propias casas y en el que fué enterrado (5). Igualmente se ven en el plano las calles angostas de san Bernardo y de Peligros; esta última lo era tanto mas cuanto que la huerta de las monjas Vallecas avanzaba sus tapias hasta el medio de la calle, para cuyo derribo y remetimiento á la línea en que hoy está hubo mucho ruido en el pasado siglo en tiempo del conde de Montarco gobernador del consejo de Castilla. Las calles de Hortaleza y Fuencarral no ofrecian tampoco objetos notables, y á su confluencia á la de la Montera ó Red de san Luis (llamada así por hallarse en ella los cajones para la venta de comestibles y la red del Pan) tampoco se alzaba todavía el inmenso edificio que construyó para su habitacion á mediados del siglo pasado don Pedro Astrearena, ni la nueva iglesia de san Luis obispo principiada en 1679.

La segunda mitad del cuartel alto, comprendida entre las calles de la Montera y Fuencarral y la Mayor, ofrece en general pocas variaciones en su corte segun el plano de 1656; el giro y dimensiones de las calles es el mismo, los edificios notables, especialmente los religiosos, el Carmen Calzado, san Basilio, Portaceli, san Plácido, san Antonio de los Portugueses, don Juan de Alarcon, las Descalzas Reales, santa María, Los Angeles, santo Domingo, san Ginés etc. existian ya en los mismos términos que los hemos visto: los nombres

(5) Jacobo de Grattis presbítero natural de Módena que murió en Madrid en 1619 de edad de 102 años dió su nombre á la calle en que vivió. El mismo fundó la congregacion de Esclavos del Santísimo Sacramento que en 1634 labró oratorio público en la propia calle, en el sitio en que hoy vemos el bello templo de aquel nombre construido en el pasado siglo bajo los planes del arquitecto Villanueva. El monasterio de monjas fué demolido en 1837 y construido en su solar un mercado, sustituido después por una magnífica casa. El cuerpo del fundador que se conservaba en la iglesia ha sido trasladado al oratorio de la misma calle y nombre.

de las calles eran los que aun conservan con cortas variaciones, por ejemplo, la de la Salud se llamaba *alta del Car-men*, la del Barco de don Juan de Alarcon, la del Desengaño *men* formada en principios de este siglo; en la calle de Jacometrezo (á que dió su nombre el célebre escultor y lapidario Felipe II (6), se supone existia ya la casa que habitó y se dice ser la que forma ambas esquinas de las calles de los tres Cruces y de la Salud.—Tambien se ve en el plano la casa frente á san Martin en lo que hoy es plazuela y está señalada con el núm. 8, que se supone obra del célebre arquitecto Juan de Herrera, y en efecto es absolutamente idéntica á otras de su estilo. Por supuesto que como es sabido la iglesia parroquial de san Martin contigua al convento, y derribada en tiempo de la dominacion francesa, avanzaba hasta donde hoy se llama travesía de los Trujillos con átrio y puerta de entrada, cerrando de este modo mas regularmente la plazuela de las Descalzas. El monasterio de iglesia de estas señoras formaba como hoy el lienzo de la plazuela que mira al Sur, y desde él al que mira á Poniente corría un arco (cuyos arranques se ven todavía) á unir con la que es ahora casa del Monte de Piedad; se ve tambien en los propios términos la calle y casa de los Capellanes, la de la Misericordia, (después de la Compañía de Comercio, y actualmente teatro y salas de baile) y la plazuela de Celebre ó *Salenque*; la calle del Arenal tan tortuosa y estrecha como ahora, á cuya entrada por la puerta del Sol se alzaba una torrecilla; igualmente existia ya la lonja ó átrio de san Ginés, aunque no el arco, que puede ser posterior.

Al desembocar dicha calle del Arenal hácia donde después se alzó el coliseo de los Caños, y hoy el Teatro Real, habia á su izquierda un puentecillo que daba paso á la calle de las Fuentes, y enfrente estaban estas, que eran los llamados *Caños del Peral*.—La disposicion del caserío en el amplio recinto que por los derribos hechos en tiempo del gobierno francés se ha designado después con el nombre de *Piazza de Oriente*, es conocida de nuestros inmediatos ascendientes.—A la salida de la calle del Arenal é izquierda de los Caños, se alzaba una manzana muy prolongada de casas que formaba las calles de santa Catalina la Vieja y el convento de Santa Clara hácia donde hoy las calles de Vergara, Independencia, Union etc., y por el costado opuesto formaban la otra grande manzana los monasterios y huerta de santo Domingo y los Angeles. La iglesia del primero carecia del pórtico que se construyó en tiempo de Carlos III y dejaba descubierta su fachada principal á los pies de la misma. Desde la Encarnacion (cuyo convento y pórtico es el mismo que en el día) avanzaba otra manzana inmensa, ocupando todo lo que es hoy glorietta y paseos con el jardin conocido por *de la Priora*, y el edificio del Tesoro que daba frente al sitio donde luego se alzó el teatro, y volvía por su derecha hácia donde es hoy calle de Requena, cerrando después frente al Alcázar con el juego de pelota en la calle que era principio de la que hoy se llama de Bailen.—Por la parte de la izquierda ó del pretil, se formaban varias manzanas y las calles de Rebeque, de la Parra, del Buey, del Carnero, de santa Clara, y las plazuelas é iglesias de san Gil y san Juan.—Nada de esto existe en el día, antes bien un nuevo barrio, de elegantes edificios, con distinto corte y distribucion, una magnífica plaza y jardines primorosos, un suntuoso teatro, y una soberbia vista del nuevo Palacio Real que estuvo hasta el tiempo de los franceses adogado con aquellos mezquinos edificios contiguos.—Tambien por el lado del mediocidio y plazuela llamada entonces de *las Caballerizas Reales* y después de la Armería, se alzaban dos manzanas de irregulares proporciones que formaban las calles de *santa Ana la vieja*, *del Postigo* y *de Pumar* que tambien desaparecieron con su derribo. Dicha casa de las Caballerizas Reales (la Armería) existia ya desde el reinado de Felipe II y fué obra de su arquitecto Gaspar de Vega, pero en el plano de 1656 no se ve aun el hermoso arco que dá entrada á la Plaza de Palacio y que se mandó hacer por don Fernando Valenzuela, marqués de Villastiera y ministro durante la menor edad de Carlos II á fines del mismo siglo XVII. Por supuesto que tampoco existia la balaustrada que cierra la plaza del lado del rio y fué construida en tiempo de José Napoleon.—El Alcázar antiguo (que se incendió en 1734) y estaba como es sabido en el sitio mismo que el nuevo Real Palacio, presenta en el plano su fachada meridional muy conocida, con sus torres laterales, y conforme al alzado que se conserva en el museo topográfico y que nosotros hemos publicado en el *Semanario Pitoresco*, y por el costado poniente los cubos salientes, murallones y bajadas al parque, cuyos paseos presenciaban las galantes aventuras de la época, y sirvieron de escena favorita á los ingeniosos dramas de Lope y Calderon.—La calle nueva, ó de Bailen era un camino inculto y desamparado; y no hay que decir que no existian las Caballerizas Reales y la casa del ministerio de Marina (obras del reinado de Carlos III) ni el cuartel de Guardias ni el Seminario; pero si se ve en el plano la portada de la iglesia del convento de Agustinos de doña María de Aragón (hoy palacio del Senado) y á la plaza de los Ministerios se la designa con el nombre de *Bajada y Vistas de doña María de Aragón*.

La calle del Reloj avanzaba por la forma de la manzana en que estaba aquel convento, hasta la calle de Torija (que el plano designa no sabemos si equivocadamente *de Corito*), y donde hoy está el cuartel ó convento de san Gil, eran huertos, no existiendo tampoco la bajada y puerta de san Vicente, obras tambien de Carlos III.—La calle conocida hoy por de María Cristina, y antes de la *Inquisicion* (por hallarse el tribunal y prisiones de esta en la casa número 4 de dicha calle) se llamaba entonces de *los Premostratenses*, cuyo convento estaba situado en lo que hoy es plazuela y mercado.—A la parte baja de la calle de Leganitos, habia un puente.—La mente se construyó la alcantarilla, habia un puente. La calle ancha de san Bernardo se llamaba *de los Convalecientes*, por un hospital que hubo en ella, y en el plano se ve solo el trazado de la planta de la bella iglesia del Noviciado que por entonces se construía y que hemos visto derribado con dolor para alzar el nuevo edificio de la Unirbar con dolor para alzar el nuevo edificio de la Universidad.—Lo demas de este cuartel alto ofrece pocas variaciones.—(6) Jácome, ó Jacobo Trezzo, Milanés, célebre escultor y fundidor de metales que trabajó en la obra del tabernáculo del Escorial.

riaciones. No existía el Hospicio, pero sí todas las rectas y prolongadas calles de san Vicente (que se llamaba de los siete jardines), de la Palma, del Espíritu Santo etc., y ya se ve el convento de las Maravillas aunque no el de Monserrat (hoy Galera) ni las Comendadoras de Santiago que se fabricaron después. Queda ya dicho en otro lugar que el Palacio y estendida huerta de Monteleón, (propiedad de los marqueses del Valle y de Terranova, descendientes de Hernán Cortés) ocupaban todo el inmenso recinto que hoy sus ruinas y descampado á la puerta de Fuencarral.—Dicho palacio ofrecía una gran perspectiva, y aunque en nuestros días le hemos visto caer en ruinas, ha adquirido la inmortalidad de su nombre por la gloriosa defensa de su entrada el día 2 de mayo de 1808, hecha por los héroes Velarde y Daoiz, con cuyos nombres ilustres son hoy conocidas las calles contiguas.

Terminaremos pues esta rápida reseña del cuartel alto de Madrid en la mitad del siglo XVII en la acera izquierda de la calle Mayor mirando desde la puerta de la Vega á la del Sol donde la empezamos.—Toda esta acera meridional se presenta en el plano en perspectiva caballera, y se vé por ella que no existía la casa llamada del Platero (construida el siglo pasado), pero sí la inmemorial iglesia parroquial de santa María, con la misma forma y portada y formando á su costado el mismo callejón que hoy (en el cual fué asesinado el secretario de don Juan de Austria, Juan de Escovelo) y la casa de los duques de Pastrana (hoy del colegio de niñas de Leganés) que forma escuadra detrás de aquella iglesia. En dicha casa vivió la célebre princesa de Eboli, esposa de Ruy Gomez de Silva, mayordomo de Felipe II, mujer de rara hermosura (á pesar de ser tuerta) que según las tradiciones y leyendas de la época supo aprisionar en sus redes al severo monarca y á su ministro Antonio Perez, á cuya rivalidad se atribuye la terrible persecucion de este privado. Todavía se vé en el costado de la iglesia la puerta en cuyo dintel es fama que estuvo escondido Felipe viendo subir al coche á aquella célebre favorita la noche en que de su orden salió desterrada y fué conducida á la torre de Pinto que hoy ven con indiferencia los pasajeros inmediata al ferrocarril de Aranjuez.

El caserío general de dicha calle Mayor en el trozo que después fué conocido por de la Almudena, carecía de importancia, y acaso no existe ya de aquella época mas que la casa del duque de san Lorenzo inmediata al que fué convento de Monjas de Constantinopla.—La calle de Luzon se llamaba del Salvador á pesar de existir ya en ella desde muy antiguo las casas de Luzon, una de los solares de esta villa.—A su espalda con vuelta á la plazuela de Santiago se alzaba ya la de Lemus la misma que habitó don Alvaro de Luna, y en que celebró una magnífica fiesta con ocasion de haberle nacido su hijo; á la calle del Factor la designa el plano por la de los Pareias; y por la del Espejo y los Tintes se observaban restos de la antigua muralla, de que hablaremos después.—Delante de la iglesia del Salvador (derribada hace pocos años) frente á la plazuela de la Villa, había una lonja ó atrio y en una sala alta sobre el portal de la iglesia se juntó en lo antiguo el concejo de Madrid y hasta las cortes del reino.—Siguiendo este lienzo se veían muchas casas particulares ya elevadas de cuatro y cinco pisos y con soportales hasta la entrada de la calle de Coloreros; y no existía todavía el inmenso casarón ó palacio de los marqueses de Monteleón, condes de Oñate. En su lugar parece que estuvo hasta los tiempos de Felipe III la casa manebria de mugeres con salida al callejón que se llamó de la Duda, donde ahora los comunes públicos.

(Se concluirá.)

R. DE M. R.

### Margarita.

Un anciano, un joven y dos doncellas se hallaban reunidos en un elegante gabinete. Un profundo silencio reinaba en aquel recinto, y todas cuatro personas parecían agobiadas del peso de una tristeza devoradora. El anciano don Pedro Vargas lanzaba con disimulo miradas inquietas á una de las jóvenes, encantadora y frágil criatura, cuyo rostro pálido y descarnado dejaba una dulce aunque penosa impresion en el alma: ella era la única que estaba realmente tranquila; porque en cuanto á los otros dos actores de esta escena muda, sus agitados semblantes revelaban su interior desasosiego.

La joven de quien acabamos de hablar fué la primera que rompió el silencio; se acercó á la ventana, y apoyándose en la balaustrada, ¡oh Dios mio! exclamó, la lluvia ha marchitado mis lilas, sus flores cubren el césped; se acabó, ya no las volveré á ver!... hasta la primavera que viene, añadió con forzada sonrisa.

Las palabras de Margarita hicieron á don Pedro estremercse: sin embargo, esforzando la voz.—Efectivamente, Margarita; dijo, y cuando partas de Madrid para venir á pasar aquí el verano, tendrás ya un compañero de viaje: ¿no es verdad, querido Enrique?

Enrique paldieció é incluyó la cabeza sin contestar: una lágrima brilló en los negros ojos de Catalina que era la otra joven que se hallaba presente: Margarita repuso: ¡oh, sí! es muy posible que Enrique tenga para la primavera una compañera de viaje.

—Margarita, dijo Vargas con gravedad, decid mas bien que sin duda tendrá Enrique una compañera de viaje del año próximo, porque existen juramentos solemnes sellados por la muerte.

—Y serán cumplidos, replicó Enrique con amargura. Poco después salió del gabinete, Catalina desapareció tambien, y el anciano don Pedro, tutor de la pobre Margarita, manifestó á esta sus temores, y aun dudas sobre el amor de Enrique; la recordó que su padre en su lecho de muerte había unido las manos de ambos jóvenes, dejándoles, sin embargo, libertad para romper si no había comun acuerdo.

—Enrique nada ha dicho todavía, dijo Margarita, y os confieso que no seré yo quien se lo pregunte.

—¡Oh! eso depende de que tú crees que él espera con placer esta union, porque sabes que no osaría retirar su palabra, y mi querida Margarita es tan generosa!...

Inclinó ella la cabeza con aspecto pesaroso: «Me creéis mejor de lo que soy en realidad, murmuró;—y además me resta tan poco tiempo de vida!...

Esta fatal palabra se había escapado de los labios de Margarita y penetró cual acerado dardo en el corazón de don Pedro. Y era que Margarita había nacido con el germen de una enfermedad mortal adquirida en el seno de su madre, y esta enfermedad era la consunción. Todos creían que moriría joven, harto joven; y sin embargo podía curar porque la vida debía estar fuertemente arraigada en un ser de 20 años!

Los médicos que me han desahuciado, añadió Margarita; ¡oh! lo sé; pero no le direis nada á Enrique, no es verdad? no quiero que al casarse crea que morirá tan pronto.

—Algun día llegará, Margarita, en que brillante y gozosa os reireis de esas ideas de una niña débil.

Sonrióse tristemente la infeliz; no creía en las palabras de Vargas, porque sabía que estaba sentenciada á morir.

Tres meses habían trascurrido, y Margarita era esposa de Enrique Mendoza. A medida que la enfermedad la arrebató un día, una hora, un minuto, iba á su pesar tomando apego á la existencia; porque la menor cosa de este mundo tenía un perfume de vida que la recordaba su antigua felicidad. Se había establecido interinamente en Aranjuez; pero no se presentaba en reunion alguna, no tenía otra compañía que Enrique y don Pedro, y si por casualidad se presentaba á dar una vuelta por el paseo, todos preguntaban admirados quien era aquel ser tan interesante y tan pálido envuelto entre blonda y seda.

Catalina, su amiga, había ido á pasar una temporada en casa de una tia; y Enrique, sin manifestar á su esposa un vivo amor, la cuidaba con el mas afectuoso esmero; pero la alteracion de sus facciones revelaba que un secreto pesar devoraba su pecho. Todos le compadecían, y atribuían esta tristeza al estado de su muger. Tal vez la enfermedad de Margarita podía aumentarle, pero no era la única causa.

En esta época, un médico, famoso por las curas casi milagrosas que hacía con personas atacadas del pecho, vino á establecerse en el sitio. Hablaron de él á Margarita, la ponderaron su ciencia, pero ella vaciló largo tiempo, contestando siempre á las instancias: «no, vale mas que muera.» Pero al fin las súplicas de su tutor y de su esposa la decidieron á llamar al médico, y desde entonces se advirtió en su salud notable mejoría.

De repente la tristeza de Enrique se acrecentó; estaba con frecuencia distraído, y sus labios pronunciaban involuntariamente palabras entrecortadas, sin ilacion, pasaba dias enteros encerrado en su aposento, y evitaba las concurrencias buscando siempre un pretexto para no asistir á ninguna.

Por otra parte, Catalina, de vuelta ya á casa de don Pedro, que era tambien su tutor, buscaba la soledad, trataba con frialdad á Margarita, y esta sufría con una dulzura encantadora la injusta conducta de su amiga de infancia; jamás se escapaba de sus labios el mas leve murmullo; cada vez que tenía motivo de queja, callaba; y una gruesa lágrima brillaba bajo sus largas pestañas, y su voz producía una de aquellas vibraciones profundas que hacen estremecer.

Un dia que Catalina estaba ausente vino Enrique contra su costumbre á instalarse desde por la mañana en el gabinete donde Vargas leía los periódicos, mientras Margarita dibujaba. Enrique estuvo largo tiempo viendo trabajar á su esposa, y aun la dió algunos consejos, pero su mirada revelaba una expresion afectuosa á la par que una especie de delirio como si la fiebre circulase por sus venas. Margarita que le observaba con inquietud vió deslizarse algunas lágrimas furtivas por sus mejillas.

—¿Enrique, exclamó, por qué lloras?

—Margarita, la contestó, eres un ángel de misericordia, perdóname, soy indigno de tí!

Y apretando convulsivamente las manos de Margarita y de don Pedro se lanzó fuera del aposento.

Una gran galería daba vuelta á la casa, y cada habitacion tenía comunicacion con ella por medio de una puerta vidriera. Margarita impelida de un triste presentimiento se deslizó por la galería como una sombra, y se detuvo delante del gabinete de Enrique. Estaba escribiendo á la pálida luz de una lámpara, y sus pistolas se hallaban al lado: de repente hizo un movimiento para cogerlas; pero Margarita, mas veloz que el rayo, empuja la vidriera, y lanzándose á su marido.

—Detente, exclama, y cae desmayada á los pies de Enrique. Cuando volvió en sí, su esposo postrado á sus pies invocaba su perdón: la confesó que agobiado de un secreto pesar, cuya causa ocultó, había querido suicidarse. Margarita perdonó y prometió guardar silencio; pero desde entonces su salud sufrió un cambio repentino.

Poco tiempo después había cesado de existir, y en el año siguiente tuvo Enrique en efecto una compañera de viaje para ir á su quinta.—Esta compañera era Catalina.

Hé aquí un fragmento de una carta de Margarita dirigida á Enrique y hallada después de su muerte:

«Mi padre había dispuesto en su testamento que si no me casaba, mis bienes fuesen destinados á la dotacion de un monumento patriótico ó de un colegio. Por tanto yo no podía disponer de ellos á mi antojo: en un principio tuve la idea de restituir la libertad: lo pensé largo tiempo; pero tus bienes eran escasos, yo estaba condenada á morir muy joven, y aunque adiviné tu amor á Catalina, resolví fingir que no comprendía vuestras súplicas y mudas reconvenciones. Lo que yo anhelaba era vuestra felicidad y me perdonaba á mí misma el daros algunos meses de suplicio pensando en la eternidad de ventura que os esperaba después de mi muerte.

«Por un instante creí en el olvido del amor de Enrique, y me entregué á la esperanza de vivir, pero una noche bastó para hacerme perder mis ilusiones. Conocí que había sido culpable apartándome de la obligacion que Dios me había impuesto. Me arrepentí de mi egoismo, y desde entonces me dejé morir. Sed felices!»

### DEL OPIO Y DE SU USO.

Diffícilmente se podrían sujetar á número los específicos que continuamente se han propuesto para contener los efectos del cólera. El conde de Woronoff aconseja el elixir tónico que ha salvado á los cosacos de su ejército en el Cáucaso: Mr. Villemain, médico francés de sanidad en Egipto, informa á la Academia de los maravillosos resultados del haschich en el periodo estremo del cólera. El haschich no se emplea en el

estado de conserva semisólida como para producir la embriaguez estática; se usa del principio activo del cáñamo indiano (canabis indica) disuelto en el alcohol. Este breverage administrado en la dosis de algunas gotas, obra excitando los centros nerviosos, cuando ya está casi suspendida su influencia, é impide tambien que se estinga la vida. Mr. Villemain debe á este específico su propia curacion y la de otras muchas personas, en casos desesperados. El bicarbonato de soda tiene tambien los honores de la mencion; á él debió su vida el farmacéutico del último shah de Persia, y una multitud de clientes del doctor Badrimont en las cercanías de Valenciennes, en 1832. Segun se asegura, hizo sorprendentes efectos en Berlin el uso del tri-cloruro de carbono, sustancia enteramente nueva en la medicina. Por último, se ha citado el éter y el cloroformo, y hasta la inspiracion del oxígeno puro en la última sesion del Instituto de Francia.

Indudablemente todos estos medicamentos y los que todavía se presenten, pueden tener su instante de oportunidad en el tratamiento del cólera; pero ninguno de ellos cumple todas las condiciones del problema, ni comprende en sí todas las dificultades que hay que vencer. El cólera es una enfermedad desconocida en su esencia. La epidemia de 1832 y la de ahora solo han permitido observar la sucesion y gravedad de los síntomas, estudiar en qué momento puede renacer la existencia tan fuertemente sacudida, y qué medios deben emplearse entonces para favorecer la feliz tendencia de las fuerzas de la naturaleza. Estas epidemias han demostrado sobre todo una verdad que debe tenerse siempre presente en tiempo de cólera, y es la influencia de las buenas condiciones higiénicas, ya públicas ya privadas, para alejar de sí este horroroso azote, mucho mas eficazmente que la secuestacion y las bolsitas profilácticas.

Los trabajadores de las fábricas de Inglaterra á quienes las sociedades de templanza privan á duras penas del uso inmoderado de las bebidas fermentadas, se desquitan entregándose con exceso al no menos deplorable uso del opio. Un estado de la importacion de esta sustancia manifiesta un aumento considerable comparado con el consumo del año anterior. En mayo de 1847, se introdujeron en Inglaterra tres mil libras de opio; en el mismo mes de 1848, el número subió á siete mil libras. La afición á esta sustancia narcótica se ha extendido notablemente en la poblacion; tan contagioso es ese deseo inmoderado de entorpecer los sentidos y ese olvido momentáneo de las realidades de la vida! De cualquier modo que los ingleses tomen el opio, ya aspirando el humo como los chinos y japoneses; ya en píldoras como los turcos, que en muchos casos le mezclan un poco de sublimado corrosivo para excitar mas aun sus órganos gastados, los efectos que se producen son siempre embriagadores. Vamos á dar un ejemplo del abuso del opio, que puede considerarse como tipo:

En Singapore, estremo de la península de Malacca, en la India, hay una calle que atraviesa al pueblo cuyas casas son otras tantas tiendas de opio y adonde acude por las tardes, después de concluidos los trabajos del dia, una multitud de desgraciados chinos á satisfacer su frenética pasion. Los cuartos donde se sientan á fumar estan rodeados de bancos de madera con respaldo. Muchas veces hace parte de estos establecimientos un cuarto separado para jugar. La pipa de que se sirven los fumadores es un canuto de caña de cerca de 27 milímetros de diámetro. El agujero hecho en el cubo en el cual se pone el opio es del tamaño de una cabeza de alfiler. El opio se mezcla con una sustancia aromatizada, y se necesita una cantidad muy corta de esta preparacion para llenar una pipa, que no da mas que dos ó tres bocanadas de humo. Este se aspira con toda la fuerza de los pulmones, como si se fumase el *houlka* ó pipa de agua de la India. Dos ó tres pipas son una dosis suficiente para un principiante, pero una persona acostumbrada puede fumar dos horas seguidas.

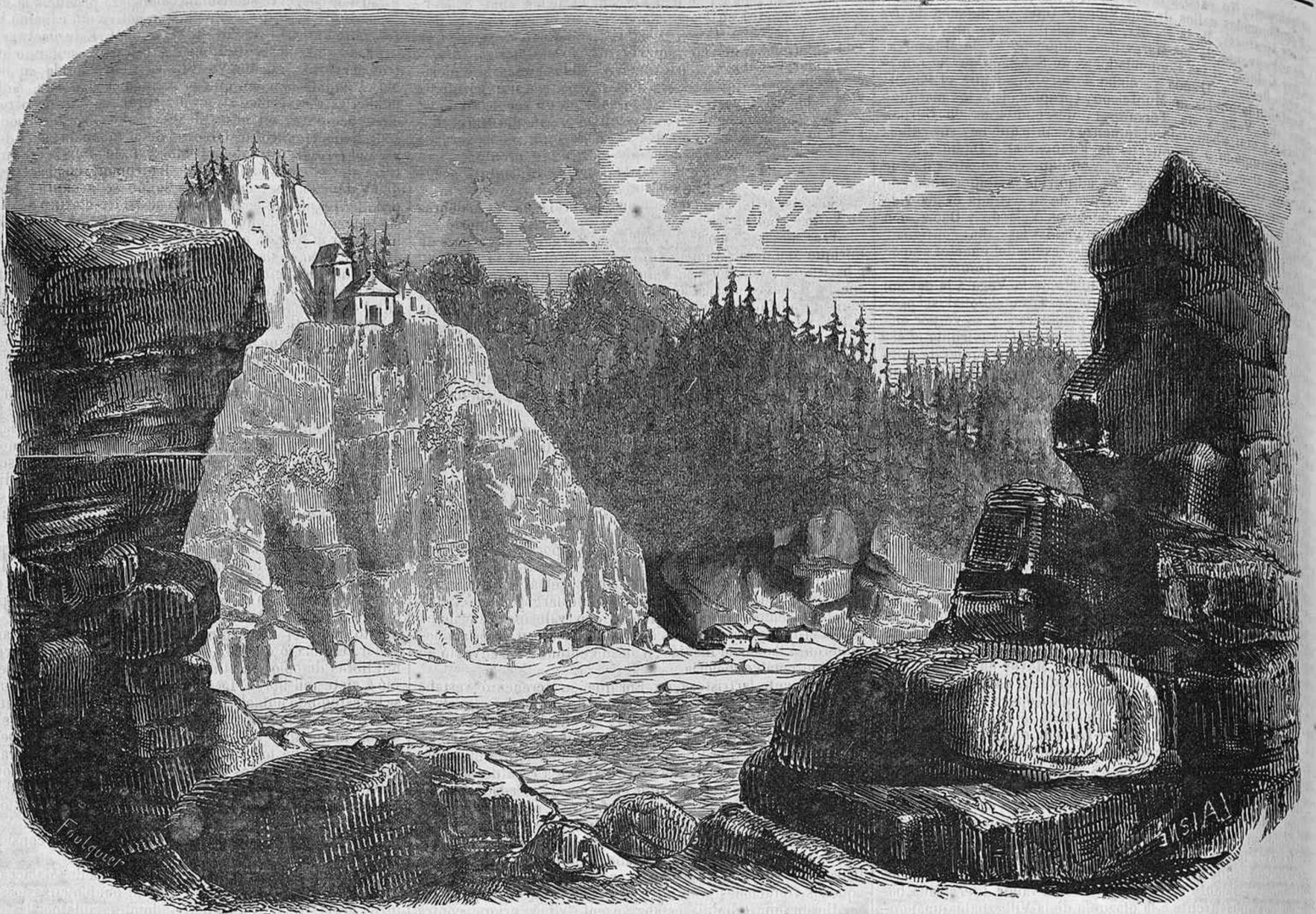
A los pocos dias de gozar este horroroso placer, y sobre todo si se ha abusado de él, el semblante se cubre de un color pálido enfermizo, y los ojos toman un aire torvo. A los pocos meses el hombre robusto se convierte en idiota y parece un esqueleto. Sobre las nueve de la noche es generalmente cuando se ve á aquellas tristes víctimas del opio sumergidas en todas las torpezas de la embriaguez. Unos entran medio locos á satisfacer el terrible deseo que con trabajo han podido contener durante el dia. Otros sufriendo aun los efectos de la primera pipa, rien y hablan sin concierto, mientras que en los bancos inmediatos yacen otros miserables inmóviles y decaídos, con una sonrisa estúpida. La última escena es muchas veces trágica. En una pieza separada del edificio, verdadera residencia de muertos, se ven tendidos é inertes como cadáveres los que han llegado á aquel punto de éxtasis sublime que tanto anhela el fumador de opio, y que se convierte muy á menudo en un sueño eterno.

No creemos que los aficionados al opio en Inglaterra pretendan llegar á esta perfeccion del placer. Sin embargo, parece que el hombre tiene una especie de necesidades de librarse de sí mismo, olvidar en la embriaguez los males inseparables de su condicion, y perder por un momento esa razon de que tanto se envanece y que con frecuencia sirve solo para mortificarlo. Siempre se le ha visto, en todos tiempos y en todos los paises, buscar con empeño las diferentes sustancias que puedan hundirlo en esa especie de delirio pasagero. No hay quizá una poblacion, por miserable que sea, que no tenga algun narcótico ó droga adormecedora. Las sociedades de la templanza en Inglaterra niegan á los trabajadores el abuso de los licores fermentados; pero ellos se consuelan con el opio. ¡Pobre humanidad!

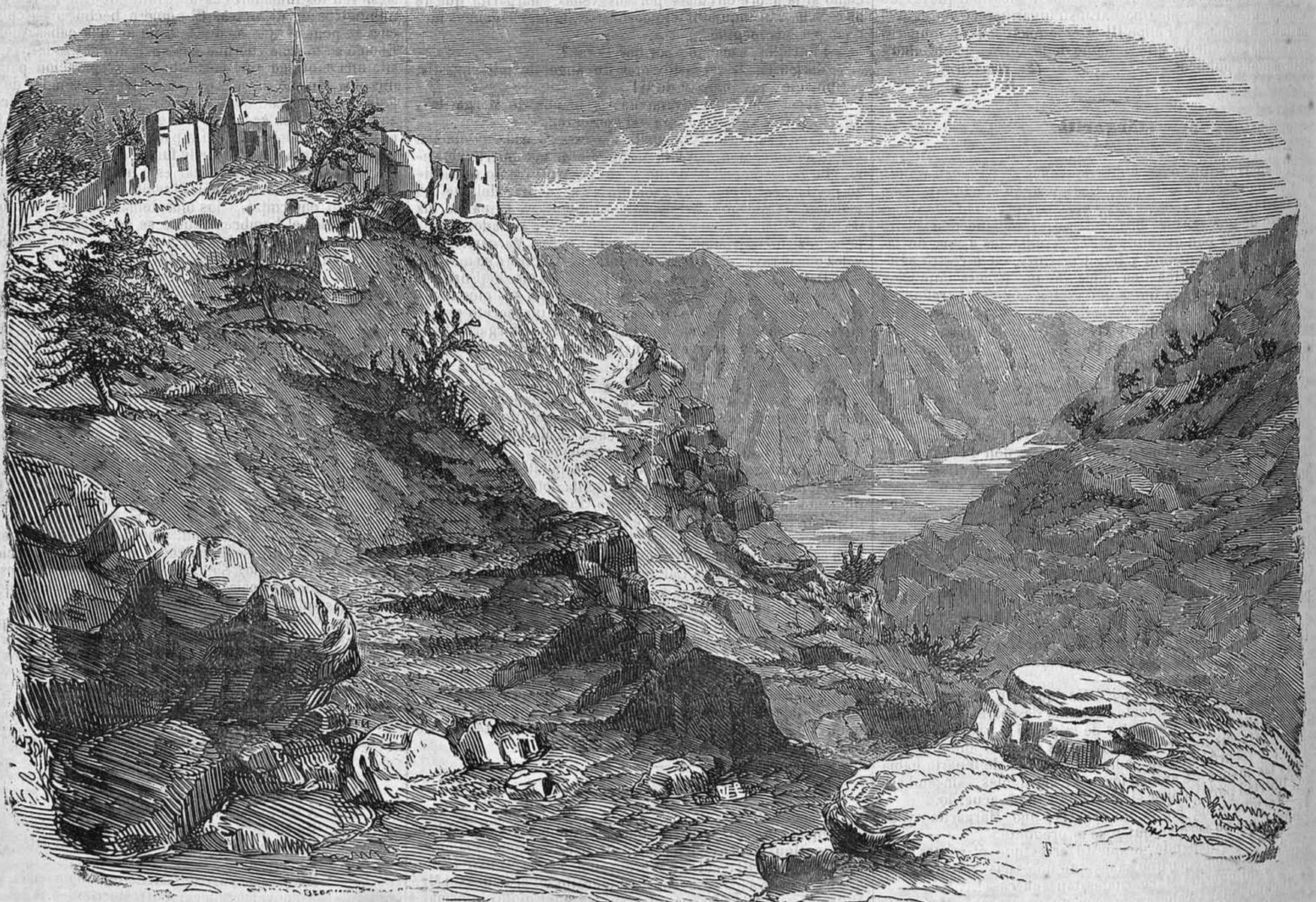
### A LOS JARDINES DE LA GRANJA EN EL DIA DE SAN LUIS.

Raudales de agua pura, cristalina,  
A las nubes eleva, audaz, la fama:  
En su torno á Latona peregrina  
La coronan de chorros que derrama:  
El canastillo, Eolo, la Ciprina,  
Diana con sus Ninfas.... todo llama  
Y convida al placer entre torrentes,  
Que brotan en cascadas de mil fuentes.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

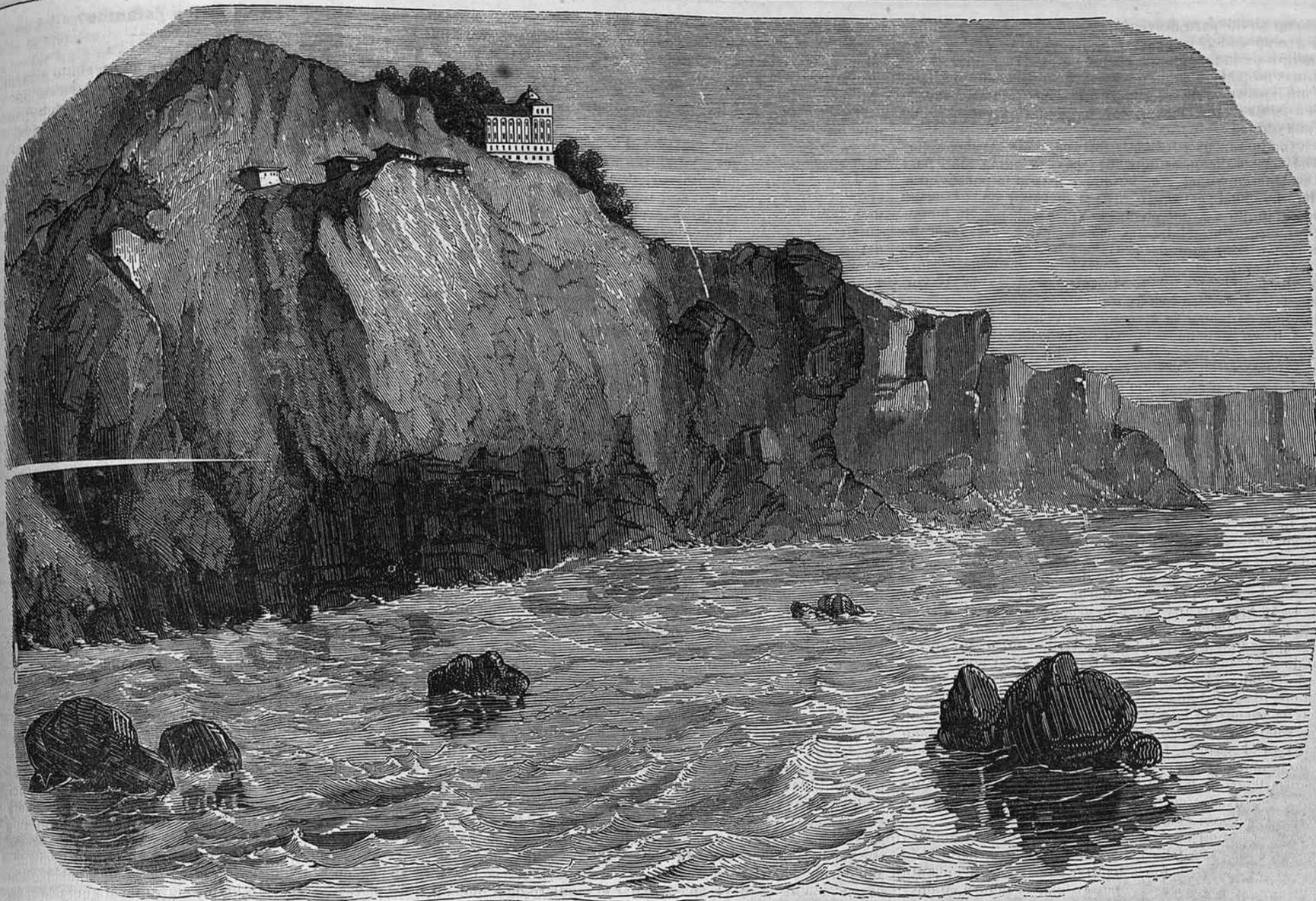


La villa de Rechieustein.



Ruinas de Hassenberg.

I  
de la  
anim  
adem  
mor  
los l  
tism  
ro e  
ámp  
dos  
seis  
terli  
Ta  
riqu  
ciá s  
ciand  
con  
chini  
Ganj  
veint  
bian  
wco  
maga  
de u  
habi  
con  
neas  
pie  
cipio  
nego  
habi  
uno  
de l  
prim  
quis  
de s  
cual  
envi  
ño  
sar  
coln  
Su  
lija  
de  
qu  
L  
teni  
cuar  
vela  
cará  
bre  
de r  
estr  
de u  
pec



Castillo de Obermarchtal en Alemania.

### La liona inglesa.

Lady Arabella Rawley es la hija de un Nabab que llegó de la India hace quince años con un número considerable de animales asiáticos. El Nabab, Ricardo Elphenswood, traía además de sus varias fieras, muchas enfermedades físicas y morales, como la gota y los hábitos de un despotismo desenfadado: pero estos defectos estaban ampliamente compensados con una fortuna de seiscientas mil libras esterlinas.

Tan considerable es la riqueza que con frecuencia se adquiere comerciando con el algodón, con el añil y con la cochinilla en las orillas del Ganjes y del Hougly, que veinte y cinco años habían bastado á Elphenswood para alcanzar tan magnífico resultado. Hijo de un pobre mercader, había salido de Plymouth con una docena de guineas; colocado de simple dependiente al principio, en casa de un negociante de Calcutta, había subido uno por uno todos los escalones de la fortuna. Debíó el primer éxito á la conquista que hizo de la hija de su principal, con la cual se casó. Habiendo envidado al cabo de un año, no se volvió á casar, hasta que llegó al colmo de la prosperidad. Su segunda muger era hija de un rajah indio, de la que no tuvo más que á su hija Arabella.

La hija del Nabab no tenía más que trece años

cuando llegó á Londres; pero su carácter y hermosura se revelaban ya en toda su animada y espléndida expresión. Era su carácter altivo, imperioso, irascible, formado con la costumbre de mandar á esclavos, y con el hábito que había contraído de no sufrir la menor contrariedad en sus caprichos y en sus extravagancias; Arabella era una hermosa anglo-india; la tez de una inglesa, los cabellos y los ojos negros de una india: el pecho y las espaldas resplandecientes de una lady; la cintura

flexible y fina de una bayadera; la mano blanca y delgada de una duquesa, y el pié pequeñito que las princesas del Asia dejan colgando negligentemente debajo de la cortina de su palanqueta. Las mugeres más hermosas de Inglaterra son el producto de esas razas cruzadas, de esa sangre pura y fría de la Gran Bretaña mezclada con la sangre india, ardiente y fecunda.

así, que había nacido en la trastienda de un sombrerero y tenía la cara de mono. Mas él hallaba naturales semejantes calificaciones, porque era bastante rico para comprar un puesto en el parlamento, y un rincón en el paraíso.

Inficionado con los humos aristocráticos, como la mayor parte de los negociantes que han llegado á enriquecerse, el Nabab quería tener por yerno á un gran señor; y cuando

su hija llegó á la edad de casarse, pudo los ojos en Lord Rawley, joven caballero que pertenecía á una de las primeras familias de Inglaterra. Lord Rawley era uno de los jóvenes más amables de Londres, un mozo encantador, borracho, disipado, jugador brutal; en una palabra, poseía todos los brillantes defectos de que se envanececen los *liones* del otro lado del Canal de la Mancha. Pasaba todo el día en la mesa, en las caballerizas ó en paseo, fumando, bebiendo, conversando con sus palafreneros, ó con sus amigos; por la noche recorría las tabernas con sus alegres compañeros; *boxaba* con cualquiera; y concluía la fiesta con ser conducido á presencia del magistrado, que, después de haberle reprendido por su conducta licenciosa, le condenaba á dar fianzas para lo sucesivo. Lord Rawley pagaba, y al día siguiente volvía á continuar la misma vida.

Miss Arabella concibió una pasión violenta por este modelo de dandys. Pero corta fué la luna de miel; pronto desapareció la ilusión; la ant-

torcha del himeneo iluminó tristes realidades, y este primer amor desgraciado hirió tan rudamente el corazón de Arabella, que no tuvo fuerzas, ni esperanzas ni voluntad para alimentar otra pasión en su lastimado corazón.

Lord Rawley llevaba una vida doblemente ruinoso, la cual debía conducirle en poco tiempo á la miseria y al sepulcro. Su buena constitución y su rico patrimonio habían sucumbido á los mismos excesos, y desgraciadamente el ma-



—Sí, papá su-gro, el genio de Luisa se va agriando de día en día.

Ricardo Elphenswood, cuyos mejores años empleados en hacer fortuna, habían sido perdidos para los placeres, quiso destinar sus riquezas á embellecer el resto de sus días. Al efecto, se rodeó de fausto, y nada de cuanto puede proporcionar el oro rehusó. Para que todos sus antojos se viesen satisfechos, no tenía más que abrir su gabela. Los amigos, los aduladores y las queridas le llamaban «milor» y «angel mio» en cambio de su generosidad y magnificencia; siendo

torcha del himeneo iluminó tristes realidades, y este primer amor desgraciado hirió tan rudamente el corazón de Arabella, que no tuvo fuerzas, ni esperanzas ni voluntad para alimentar otra pasión en su lastimado corazón.

Lord Rawley llevaba una vida doblemente ruinoso, la cual debía conducirle en poco tiempo á la miseria y al sepulcro. Su buena constitución y su rico patrimonio habían sucumbido á los mismos excesos, y desgraciadamente el ma-



después estaba en la Carrera de san Gerónimo haciendo una visita de etiqueta.  
—Ya no tardarán ustedes en abandonar la capital, —dijo a las señoras.—El calor va siendo insufrible y es preciso alejarse del horno.  
—Todavía no, me dijo la niña de la casa.  
—¿Pues cuándo piensan ustedes...? la pregunté.  
—¿A cuántos estamos...?  
—Señora...  
—Sí, á 20 de junio; hasta el 3 del que viene...  
—No pude más; entré en mi casa decidido á no salir hasta el invierno, ó caso de hacerlo, llenarme los bolsillos de almanagues para los preguntones.  
—Tranquilo me desnudaba, y un cajista de la imprenta me pedía ya original para el número que había de salir el día 23.  
—¿A cuántos estamos? pregunté yo entonces.  
—Faltan dos días.  
—Siéntese usted, —escriba—yo dictaré.—¿está ya?—Corriente.—La fecha ahora traiga usted, y hasta otro día.  
L. M. DE LARRA.

## LAS DOS SOMBRAS.

La caravana hizo alto en el camino que conduce á Bagdad.  
—Yo te prometo si me das lo que te pido, dijo Nurreddin á Amina, siete vestiduras iguales á las que en las noches de invierno y una y ciento dos se figuró Scheherazade para divertir al sultan Scheriar.  
—Ya no me acuerdo de esos cuentos, dijo Amina retirando la mano que ya apretaba demasiado Nurreddin.  
—Pues voy á enseñarte las vestiduras, respondió Nurreddin, y haciendo arrodillar al primero de sus tres camellos sacó de debajo del cuero que cubría su preciosa carga un bulto cuidadosamente envuelto, y sobre la grupa del animal, que permanecía arrodillado, desplegó una magnífica estofa que hizo prorrumpir á Amina en un grito de admiración.  
—¿Qué representa, preguntó la doncella de Bagdad á Nurreddin, esta hermosa vestidura azul y blanca?  
—Hermosa mía, respondió el enamorado mercader; representa un día de la creación con todas las aves que salieron de la manga del profeta. Cuando te ciñes con ella ese gracioso cuerpo, el pájaro Roch abarcará con sus alas tu delicada cintura, las tórtolas se arrullarán sobre tus hombros, Bulbul cantará sobre tu seno. Serás la reina de las aves, y no sabrán cuando andes si te llevan á tí los pájaros ó si los llevas tú.  
—Veamos la segunda estofa.  
El mercader de Bassorah dobló la primera vestidura y desplegó la segunda sobre la grupa del dócil camello.  
—Amina lanzó un segundo grito de admiración.  
—Explícame lo que significa esa soberbia vestidura de plata que una reina llevaría con orgullo. Nurreddin besó á la curiosa doncella la puntita de los dedos, y le dijo:  
—Esta estofa enseña como se compone la esencia de rosa. Hé aquí la ciudad de los rosales! ¿No parece que se pueden cojer esas hermosas flores? Aquí está la pila donde se deshoja la rosa al ponerse el sol, y de donde al día siguiente al despuntar el astro de la mañana se estra el óleo embalsamador y dorado que las hojas destilan. Mas allá están los frascos donde se vierte la preciosa esencia, y el de cristal de roca puro destinado para el rey de los reyes, el caudillo de los creyentes. Cuando lleves esta vestidura creerán que llevas en tu hermoso y fresco cuerpo las rosas y sus perfumes.  
—Enséñame ahora la tercera.  
El complaciente Nurreddin desplegó la tercera estofa sobre el lomo del camello, y Amina sintió enajenada su alma en un éxtasis delicioso.  
—¿Toda de oro puro!  
—Toda de oro, con la sentencia de nuestros grandes doctores.  
—¿Cuánta riqueza, Nurreddin!  
—Riqueza de cuerpo y alma, hermosa doncella. Leerán todos las palabras del elocuente Azib al rededor de tu esbelta cintura, y repetirán: «La muger morena es un tesoro, la blanca es una perla, la blanca de ojos negros es un collar.» Y tú serás el tesoro, la perla y el collar.  
Y dichas estas palabras imprimió Nurreddin un beso en el cuello de la perla, del tesoro y del collar.  
—A ver ahora la cuarta vestidura.  
Siempre con la misma complacencia, desplegó Nurreddin sucesivamente la cuarta estofa, que era de oro y de perlas, la quinta que era de rubis, la sexta que era de perlas y de oro, y finalmente la séptima que era aun mas hermosa y rica que las seis primeras. Tan enajenada al verlas quedó Amina, que se dejó dar sucesivamente siete besos.  
Y dijo Nurreddin á la doncella despues de haberlas vuelto á doblar y haber hecho levantarse al camello.  
—¿Quieres que estas siete vestiduras sean tuyas como las estrellas del cielo son de Allah?  
—No es bastante, Nurreddin: hermoso eres y elegante mas que todos las mercaderes de Bassorah; pero despues en Bagdad nadie me querrá por esposa.  
—¿Por qué, bella Amina?  
—Porque con tan ricas vestiduras nadie se creará bastante poderoso para comprarme tras cuando estas se me acaben, y aunque los mancebos me deseen, ninguno se atreverá á pedir mi mano.  
—¿Quisiera yo, hermosa Amina, que fuese mía toda esta caravana, en la cual solo tengo tres camellos.  
—No soy tan ambiciosa, Nurreddin. Siete vestiduras son poco, mas una caravana es demasiado.  
—Te daría estos tres camellos; pero solo uno me pertenece, porque los otros dos son de mi mejor amigo y de mi hermana Zobeida.  
—Así sois todos los de Bassorah: largos en prometer y escasos en dar. Y la doncella se despidió del mercader.  
Ven acá, hermosa mía, vuelve y escucha. Tuyo son los tres camellos con sus cargas; estofas, ámbar, polvo de oro, marfil, alcanfor, esencia de rosa, todo te pertenece como mi corazón. Pero mañana, al despuntar el día, espérame á la vera de este mismo camino, yo vendré solo.

—Sí, los dos solos, Nurreddin.

—Y la caravana, que volvia de la India continuó su marcha hácia Bagdad, ó mas bien hácia el mercado poco distante de aquella ciudad.

Era un golpe de vista magnífico. Desde lo alto de una montaña hasta el fondo del valle, á cuya estremidad se veían brillar las cúpulas de las mezquitas de Bagdad, se extendía una inmensa fila de camellos, marchando de dos en dos ondulando con sus cabezas y sus grupas como las olas de la mar. Los dueños iban montados en ellos, y los esclavos, casi colgados del ronzal, iban anunciando con aguda gritería su llegada á los factores del mercado. Componíase la caravana de mas de dos mil camellos; cada conductor llevaba su fusil, un par de pistolas de Damasco al cinto, y un puñal al costado.

Ya se ha visto que Amina no habia dejado de aprovecharse de la parada de la caravana bajo los muros de Bagdad. Veamos ahora qué hicieron ella y el mercader hasta la hora de su cita.

Amina tomó tres baños: uno de rosa, otro de clavel, y otro de agua de peña: se pintó las cejas, se dió color en las mejillas, y mascó varias raíces para tener la dentadura blanca y esmaltada. Trenzó con arte su cabello y cubrió sus delicados pies con babuchas de piel de gacela.

¿Cómo pasó la noche Nurreddin?

Hizo primeramente sus oraciones, pidió perdon á Dios y á su profeta por haber prometido á una doncella tres camellos, de los cuales solo uno era suyo. Oró y recitó con sumision y humildad el trecentésimo versículo del Koran en que se condena al hombre de mala vida; pero Amina era tan hermosa y tentadora, que pudo mas que su mejor amigo su hermana Zobeida, el trecentésimo versículo del Koran, Dios y su profeta. En una palabra, pidió perdon á Allah de su delito con la firme resolucion de acudir á la cita.

Procuró sin embargo aletargarse embriagándose con ópio, con la esperanza de que una embriaguez acabaría con la otra, á la manera que un amor nuevo estingue los dolores de un antiguo amor.

Su sueño letárgico fué sumamente dulce: soñó que toda la caravana le pertenecía, con camellos y guías. De todas partes le saludaban saliéndole al encuentro y gritando: ¡Allah bendiga al poderoso Nurreddin! ¡Nurreddin es rico y generoso! ¡Viva Nurreddin!

La primera parte de su sueño fué ciertamente agradable: mas lo fué la segunda todavía.

Despues de verse colmado de riquezas se le presentó la hermosa Amina, la doncella de Bagdad, que le salia al encuentro llena de ternura y de abandono. Sin esperar á que ella le pidiese tesoros y perlas la llenó un gran cesto, dos cestos, tanto ó mas de lo que una muger puede desear. Por su parte la bella Amina no economizó tampoco sus favores y se despojó de toda la esquiza que habia notado en ella por la mañana. Así que, el mas rico de los hombres en sueño, fué tambien en sueño el mas feliz de los hijos del profeta. Su dicha no se puede describir ni aun en estilo oriental.

Al despertar se halló Nurreddin tan contento con la pasada ilusion, que creyó que no valia la pena buscar la realidad. Algo hipócrita, como son todos los hombres, trató de persuadirse á sí mismo de que hacia un gran sacrificio á su deber renunciando á la cita que tenia con Amina.

En esta resolucion llegó la noche, y permaneció quieto en su divan. Empezó á aclarar el cielo con el primer albor matutino y continuó igualmente tranquilo, se recostó en sus almohadones y se puso á fumar con la mayor indolencia.

Amina acudió al paraje designado, fresca como un heliótropo con los tres baños de la noche anterior. Nadie salió á su encuentro: Bulbul dejó de cantar. El horizonte empezó á teñirse de rojo, despues se puso de color rosado, de rosado pasó á blanco, de blanco á amarillo, y no parecia por el camino alma viviente. Amina se fastidió al principio, se enfadó despues, y concluyó prorrumpiendo contra Nurreddin en una retaila de epítetos á cual mas dulces y halagüeños, y tan sonoros en lengua oriental como en cualquier idioma del mundo.

Resuelta á vengarse del ultraje recibido, se presentó ante el Cadi, y le dijo:

—Venerable Cadi!

—¿Qué tienes, hija mía? la respondió el juez.

—Un mercader de la caravana...

—¿Qué hay con el mercader?

—Me dijo que gustaba de mí.

—Bien, hasta ahora no hay nada malo.

—Me prometió siete vestiduras y tres camellos.

—Está bien: ¿y qué mas?

—Y yo le prometí acudir á una cita que me dió para hoy antes de amanecer, en el camino de Bagdad.

—Corriente. El ha acudido á la cita, pero sin las vestiduras y sin los tres camellos, ¿no es así?

—Todo lo contrario; no ha acudido.—Los camellos están descansando en el mercado, y él estará recostado en su divan.

—¿Cuál es pues tu queja?

—Venerable Cadi, me quejo de que por haber soñado que yo le pertenecía no quiere ya cumplir su palabra, y me parece que si yo, en sueños ó en realidad, que eso no importa, soy la que he dejado satisfecha su pasión, es muy justo que yo tambien quede contenta ¡justicia, Cadi, justicia!

Como hombre lleno de saber y de experiencia, y con toda la autoridad de juez turco, respondió el Cadi á Amina:

—Se te hará justicia. É inmediatamente estendió una citación para que Nurreddin de Bassorah compareciese á la misma hora y en el mismo paraje designados para la cita, seguido de sus tres camellos con su cargamento.

—¿Estás ahora contenta, niña?

—Sí, Cadi: ¡mil bendiciones sobre vos!... ¿Pero qué tengo que hacer ahora?

—Nada mas que acudir al paraje donde queda citado Nurreddin, á la misma hora.

—Ya lo entiendo, dijo la doncella. Quereis sin duda que el lugar del delito sea el lugar de la expiacion.

—El sol alumbrará mi justicia.

Y se retiró en seguida Amina.

Por fin, murmuraba esta saliendo del tribunal, recobraré mis vestiduras y mis tres camellos.

Antes de despuntar el sol estaba ya Amina esperando á la vera del camino, bajo los muros de Bagdad; pero esta vez no tuvo que esperar mucho el mercader de Bassorah que llegó acompañado de sus tres camellos cargados.

Llegó en seguida el Cadi, agarró por el ronzal á los camellos y los colocó en medio del camino, haciendo que los dos litigantes se pusieran de modo que los tres animales se hallasen entre ellos y el sol que iba á aparecer.

—Amaneció por fin, y los camellos proyectaron su sombra cubriendo con ella los pies de Amina y de Nurreddin, que llenos de sorpresa esperaban la resolucion de aquella escena muda.

—Nurreddin, dijo el Cadi acercándose al mercader; ¿tú aseguras haber poseído en sueño las gracias de Amina?

—Sí, sábió Cadi.

—Amina, continuó dirigiéndose á la doncella, ¿es cierto que Nurreddin te prometió, porque te entregaras á él, sus tres camellos?

—Sí, virtuoso Cadi.

—Pues bien: tú, Nurreddin, quédate con la sombra del placer. Y tú Amina llévate la sombra de los tres camellos.

## MÉTODO DE LOS CANADIANOS PARA CAZAR LAS ABEJAS SILVESTRES.

Los canadienses adoptan un sistema muy ingenioso para descubrir los árboles donde hay miel depositada. Cogen una porción de abejas de las flores de un bosque y las encierran en una cajita en cuyo fondo hay un pedazo de panal, y en la tapa un cristal suficientemente grande para que entre la luz á todo el interior de la caja. Cuando se conoce que ya están las abejas hartas de miel, se dejan salir dos ó tres, y se observa con mucho cuidado la dirección que toman hasta que se pierden de vista. Entonces el castrador se dirige hácia el punto por donde han desaparecido, y dejando salir otras dos ó tres observa tambien su vuelo. De este modo continúa, hasta que las otras abejas, en vez de seguir la misma dirección que sus primeras compañeras, toman un rumbo diametralmente opuesto, lo cual convence al cazador de que ha alcanzado ya el punto que desea; porque es un hecho averiguado que si se coge una abeja de una flor que esté á una distancia *sur* dada del árbol al cual pertenece la abeja, y se lleva encerrada á igual distancia *norte* del mismo árbol, lo primero que hace la abeja cuando se le suelta, es describir un pequeño círculo, y en seguida dirigirse rectamente á su colmena, sin desviarse lo mas mínimo á la derecha ni á la izquierda. Una vez hallado el árbol puede el cazador con mucha facilidad apoderarse de él y de la miel que contiene, poniendo en un ladrillo caliente un gran pedazo de panal, que al derretirse exhala un olor tan penetrante y agradable que toda la colonia sale de la ciudadela para gozar de él. Cuando el árbol se corta, la cantidad de miel que se encuentra en el tronco hueco deja muy pocas veces de remunerar ámpliamente de su desvelo y constancia al cazador.

## En verano; en otoño; Paulina Annato.

Madrid, esto es, la capital de los ociosos, de los especuladores, de los enamorados, y de los ricos, no está en Madrid; no está en sus calles que abrasan, ni en sus paseos que sofocan, ni en sus cafés que derriten, ni en sus moribundos teatros que marean: el centro de Madrid elegante, de Madrid sentimental, de Madrid bursátil, se encuentra en los baños; en Arechavaleta, en Cestona, en la Concha de San Sebastian, en Trillo y en la Puda; en esos nuevos Campos Eliseos, que surten á la humanidad de ambiente para respirar y de agua para beber y refrescarse. Todo se vé allí; las diligencias suben el precio de sus asientos, y ni aun así se puede viajar en ellas, porque estan tomadas hasta agosto: los que han madrugado, los que han estado pensando desde el invierno en huir de Madrid, los dichosos que han conseguido billetes con dos ó tres meses de anticipación, acuden el día designado para la marcha, y antes de poner el pié en el estribo dirigen una mirada de compasion á los que quedan en la coronada villa, como diciéndoles: ¡Infelices! Os vais á ahogar de calor. Los que se quedan contemplan por su parte á los que marchan, y parece como que les contestan: Dios os libre de un vuelco.

Entre un vuelco de diligencia á orillas de un despñadero y una buena sofocacion en la Puerta del Sol, no sabemos ciertamente qué escoger.

Pero ¿que es lo que en Madrid nos queda, si todo sale durante el verano? Nos queda la apariencia de todo: la del amor, por ejemplo, en las puertas de los templos, donde los fatuos se estasian esperando á que salgan de misa las ninfas de sus pensamientos para dirigirles ó darles una flor al pasar; la del negocio en la sombra proyectada por la casa de correos, en la calle del *Cármen*, en la de la *Montera*, en el café de *Levante*, en todas partes menos en la *Bolsa*, por la sencilla razon de que Madrid se ha convertido en una Bolsa general, desde que no rige la ley de idem, y por lo mismo es una locura acudir precisamente á las dos de la tarde á la plazuela de la *Leña* para vender ó comprar efectos públicos, teniendo de sobra á todas horas en otro sitio cualquiera; la de la literatura, en artículos y novelas que no se leen; la de las representaciones dramáticas en las piezas que no se ejecutan, aunque sean buenas, porque sus autores no conocen la alta ciencia de ganar la voluntad de los empresarios, la de los actores, y sobre todo la de las actrices; la de... pero ¿adónde vamos á parar? ¿No es Madrid precisamente el punto en que la apariencia, la esteridad hacen el principal papel? Sin estas cualidades no se vive, no se respira en la capital de España, aquí donde nadie se cuida de averiguar por qué anda hoy en soberbio coche el quidam que ayer iba á pié y medio descalzo por las calles. Y así debe ser; porque si por nuestros pecados diésemos en la mania contraria, ¿adónde iría á parar el saludable principio de la circulación de la riqueza? Nadie se atrevería á ser poderoso, al paso que ahora todo el que quiere puede serlo. lo cual no deja de tener la apariencia de un beneficio social evidente.

Además de la apariencia, nos queda también en Madrid durante el verano (hablo del actual) la política; ahí están el ministerio completo y los cuerpos colegisladores que no me dejarán mentir; ahí están asimismo, como testimonios vivos de mis palabras, las amas de huéspedes, que tiemblan cuando anuncian los periódicos algún síntoma de prorogación del parlamento; ahí están por último, los diarios ministeriales, los de la oposición, los empleados activos, los cesantes, los jubilados, las viudas, los sastres, los zapateros y los aguadores, que solo hablan de política, que comen, beben, duermen y sueñan con la política. ¡Así anda ella la pobre como zarandeada por tales manos y lenguas! No las imiten las nuestras, y pasemos adelante para que nadie nos las ate.

Quede pues sentado que hasta la entrada del otoño no empezará el barullo en Madrid: entre tanto tenemos que contentarnos con el sofocante polvo de las innumerables casas nuevas que se levantan, con los bailes de las afueras, con los estropeamientos causados por las carretelas y caballos á escape, con media docena de incendios mensuales, con los robos de costumbre y con otros deliciosos placeres *ejusdem furfuris*, propios de la estación y capaces de entusiasmar al hombre más apático y poltron de todos los mundos conocidos. Si á esto se agrega el no poderse uno lavar la cara cuando quiere, porque no siempre que quiere tiene una agua á mano, podemos tener por cierto que nos esperan, ó debemos esperar nosotros tres meses magníficos de sudores y de *spleen*, que sin duda nos envía la Providencia en castigo de lo mucho que al fin del invierno prolongamos el Carnaval y en la primavera los bailes de Piñata y los paseos por el ferrocarril.

Pero vendrá el otoño, y con él volverán rozagantes y curados en apariencia los que en las aguas han dejado la superficie de sus inveterados males: escrito está que ni en otoño ni en verano saldremos de apariencias. Vendrá el otoño, y con él la apertura de los teatros y la del parlamento, suponiendo que esté cerrado, el agua á las fuentes y al Manzanares, la sombra á la calle de la Montera, la baratura á las empresas de diligencias y el amor á la luna en las sillas del Prado. Los pollos, consumidos, estenuados durante la canícula, estirarán entonces sus aletas, gallearán á su sabor sin que nadie les vaya á la mano, se subirán á mayores ó á las barbas de cualquiera, é invadirán osadamente el terreno de los raptos, de las palizas y de otros pequeños escándalos, que son la moneda corriente de nuestra culta sociedad.

Vendrá el otoño, y volveremos á tener teatro del Príncipe, que no cobrará derechos de puertas á Variedades, al Instituto, á los Basilio y al Circo; tendremos también... lo que ya no puede faltar en Madrid en octubre, ascensiones aerostáticas y arena ecuestre: esta sobre todo.

La necesidad de robustecer al hombre, de formarle apto para todas las fatigas corporales, de dar un completo desarrollo á sus facultades físicas, ha creado la gimnástica pedestre; la ecuestre es el resultado de otra necesidad no menos imperiosa, la necesidad de las emociones extraordinarias, del sobresalto continuo, del estado febril del alma entre la vida y la muerte. El alazan que vuela concéntricamente en un espacio para sus alientos reducido; la amazona que sobre él salta, baila, se mece, rueda, se desmaya, revolotea, nos provoca y estasia; objetos son dignos de concienzudo examen, no ciertamente por los prodigios que ejecutan, hijos del tiempo y de la educación, sino por la terrible agonía que con sus movimientos imprimen en nuestros corazones, como si quisiesen prepararlos á los rudos combates que les esperan en la vida social y en la vida doméstica. Dicen que la vista del peligro ahuyenta el miedo, cuando es de todo punto preciso arrostrarlo; mi opinión es que la vista del peligro mata al hombre ó le convierte en un ser temerario. El que se niega á abandonar su vida al ímpetu fogoso del corcel en el enarenado circo, no puede decir que no teme el riesgo de romperse la nuca contra la barrera y ser objeto de rechilla para dos mil espectadores de su necedad; el que impávido acomete esta empresa cerrando los ojos, tampoco podrá asegurar que ha sido valiente, sino loco, y loco á sabiendas, porque no puede ignorar que todas las probabilidades están declaradas contra sus huesos ó sus miembros. Pero al temerario y al cobarde les queda otro recurso; el de presenciar desde sus asientos los ejercicios de la ecuestre gimnástica, el de gozar con el peligro ajeno, el de proporcionar á sus almas esas fuertes impresiones que la magnetizan y la embriagan.

Pero ¿tendremos durante el próximo otoño circo ecuestre en Madrid? ¿No será esta una ilusión? No; le tendremos, porque Mr. Paul no nos abandonará este año, después de haber sabido encontrar en la calle real del Barquillo la piedra filosofal; porque Mr. Paul está echando sus visuales á uno de los dos monumentos mejores de Europa, si hemos de creer á cierto orador parlamentario, al templo de las artes, que se ha abierto en italiano y se ha cerrado poco menos que en almoneda; porque Mr. Paul ajusta una gran *troupe*, (compañía es palabra mal sonante) que hará pronto maravillas en Madrid, dejándonos con la boca abierta, pues nadie ignora que en esta época de positivismo y de miseria, el talento de los talones, ya se muestre en el tablado, ya en el aire, es si no el más seguro, el más productivo de todos.

¿Y cómo hemos de extrañar que las grandes notabilidades gimnásticas extranjeras vengan á darnos buenos ratos? ¿No van las nuestras á París, por ejemplo, á presentar osadamente la revancha? Sin citar innumerables ejemplos que se nos ocurren, ahí está reciente el del joven conde de

Rivadavia que, si hemos de creer á los Diarios de allende el Pirineo, ascendió con cuatro amigos en el hipódromo parisiense en un globo de Mr. Codard, á las cinco de la tarde del día 11, y todos bajaron á tierra sin novedad á las 10 de la noche á sesenta y dos leguas de la capital.

Pero sea de esto lo que quiera, tendremos durante el otoño una brillante *troupe* ecuestre en la calle del Barquillo, ó en la plazuela de Oriente ó en donde Dios y la autoridad lo permitan; tendremos también que, si nuestros informes no mienten, figurará en la *troupe*, eclipsará á la *troupe* el astro de las síldes ecuestres, la diosa de la moderna gimnástica, la interesante, la simpática, la aérea PAULINA ANNATO. Después de haber escrito su nombre, nada hay que decir, y sin embargo diremos algo de esta célebre artista.

PAULINA ANNATO es el tipo de la bailarina ecuestre, tanto por sus atractivos físicos como por su habilidad sorprendente: es de regular estatura, de talle esbelto y al entregar su vida apasionadamente á los caprichos del corcel brilla en sus labios de coral y de rosas una sonrisa de entusiasmo: sus ojos árabes se inflaman, dilátase su perfecta nariz, todo en ella revela el fuego artístico de una imaginación exaltada que solo aspira á la gloria del triunfo. Competidora de las más hábiles ginetes, orlada ya su sien con cien coronas conquistadas en los circos europeos, después de haber recorrido y admirado á las grandes capitales como Viena, San Petersburgo, Londres y París, descansa en esta última de las fatigas de los rudos y esclarecidos combates de un invierno convertido para la intrépida amazona en cuatro meses de ovaciones continuas.



Paulina Annato.

Allí la encontrará Mr. Paul; de allí nos la traerá él ú otro de los infinitos especuladores dichosos, que ponen á contribución el talento, ya este reside en los pies ya en la cabeza. Si, vendrá PAULINA ANNATO á Madrid como han venido Rossini y Mercadante, como Salvatori, Moriani, Ronconi, la Albini, la Alboni y la Frezzolini, como todo lo que es grande, como todo lo que es especial en su género, vendrá... no hay duda, pero seremos los últimos en admirar sus gracias, su coquetería, sus equilibrios portentosos y sus suertes increíbles y fabulosas.

No debemos extrañar esta postergación. ¡Hace ya tanto tiempo que los españoles estamos destinados por la fatalidad á ser los últimos en todo!

A.

## DEL CALZADO EN LO ANTIGUO Y EN LO MODERNO.

En cuantos objetos rinden tributo á la moda, el calzado es el que menos alteraciones ha padecido. Las variaciones verificadas en esta parte de nuestro adorno son apenas perceptibles: sin embargo ninguna bella ignora las ventajas, las inmensas prerogativas de un pié bien hecho y blandamente encerrado en un elegante zapato: así es que nunca volverán las señoras á la moda introducida entre los egipcios, que querían que sus mugeres é hijas no llevasen nunca calzado, para darlas á entender que una muger no debe salir jamás de casa.

En Roma se inventaron los zapatos de tacon. Augusto los llevó para realzar en algún modo su pequeña estatura; los sacerdotes los usaban en los días de sacrificios, y las mugeres principales en las danzas y asambleas. En Lacedemonia los jóvenes no llevaban calzado hasta la edad en que tomaban las armas para la caza ó la guerra.

La mayor parte de los filósofos se contentaban en la antigüedad con usar unas plantillas. Pitágoras mandaba á sus discípulos que las hiciesen de corcho; las de Empedocles eran de cobre: y se dice de un cierto Filetas, natural de Cos, muy flaco y enteco, que las llevaba de plomo, con la idea sin duda de evitar que le llevase el aire.

El calzado de los romanos apenas difería del de los griegos; el de los hombres era negro y el de las mugeres blanco. Las elegantes de aquel tiempo, después de frotarse los pies con pastas perfumadas, cuidaban de encerrarlos estrechamente con las correas de sus sandalias, para que abultasen lo menos posible: por donde se deduce que hace ya lo menos mil y ochocientos años que se sabe lo que vale un pié menudo.

Nunca se usó besar en aquellos pueblos los pies á los soberanos. Diocleciano fue el primero y único que quiso que los romanos sin distinción de rangos ni gerarquías se sujetasen á tan baja y humillante etiqueta. Mandóse hacer botines de seda carmesi bordados de oro y zapatos cubiertos de piedras preciosas. Desde entonces este brillante calzado fué considerado siempre como parte integrante del traje imperial. Era el distintivo de los emperadores de Oriente, y cuando se quería dar á entender que un príncipe griego había tomado posesión del imperio, decíase comunmente que había calzado los botines de púrpura.

Los habitantes de las islas Marianas acostumbra á tomar el pié de aquel á quien quieren honrar y frotarse el rostro con él. Esta singular costumbre debe obligar á las personas distinguidas del país á andar casi siempre en un pié... no sabemos con qué ojos miran esta etiqueta las señoras insulares, ni si se toma luego la mano, allí como aquí, todo aquel á quien le dan el pié.

Preciso es convenir, de todos modos, que la importancia dada al pié, y sobre todo al pié pequeño, es todavía mucho más antigua de lo que acabamos de indicar. Nada más sabido que la historia del zapato de Rodope arrebatado por una águila y depositado con toda picardía por el pajarraco en la falda de Psamético rey de Egipto. Todos saben que ver el buen rey el zapato y quedar furiosamente prendado de la belleza, que debía tener quien sobre tales pies andaba, fué todo un solo momento. Reunió inmediatamente á sus *vasallas*; probado el zapato de pié en pié, no tardó en descubrirse su verdadero dueño, y de allí á poco Rodope, la que calzaba tan cuco zapato, ceñía corona.

A Dios gracias, concluye el autor á quien robamos este artículo, no estamos en tiempos ya de que dependa la suerte de un imperio del poder de un piececillo, si bien depende á veces de cabezas que no suelen discuirir mas que un pié; pero si así fuese todavía, sea por arte de la naturaleza sabia ó del zapatero sapientísimo, ¡qué de mugeres podrían creerse con derecho á reinar sobre los hombres! Necesitábanse en primer lugar casi tantas coronas como españolas, sea esto dicho con perdon de alguna provincia, y mas que se nos alborote. En el día sin embargo se contentan nuestras mugeres con ver á los hombres á sus pies, y este placer es infinitamente superior á la posesión de una corona, si se atiende sobre todo á que de esa manera gozan de todas las ventajas que el mando proporciona, sin por eso verlas acibaradas con los sinsabores é inquietudes que andan á veces en derredor del trono.

## AFORISMOS ECONÓMICOS.

La providencia ha hecho de modo que no puedan adquirirse las cosas necesarias á la vida sino con el trabajo, y que se destruyan con el uso, para que renovada sin cesar su necesidad, obligue su satisfacción á un trabajo tan largo como la vida.

De todo nos cansamos, excepto del trabajo, porque el trabajo es el censo vitalicio que paga la humanidad á la creación, en recompensa de haberla concedido en usufructo el suelo que cultiva y alimenta.

## GEROGLIFICO.



REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.